

TE  
LO  
MEREĆÍAS



ROBERTO MENDAZA



# TE LO MERECEÍAS

# TE LO MERECEÍAS

*Roberto Mendaza*

© del texto, Roberto Mendaza 2017

© edición y diseño de portada: EXITBooks 2017

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, o parcial de este libro en ningún formato o cualquier medio, sin el consentimiento previo y por escrito a EXITBooks.

([info@agenciaexit.com](mailto:info@agenciaexit.com)) ([www.agenciaexit.com](http://www.agenciaexit.com))

*Agradecimientos.*

*A mi mujer, Lucía y a mis hijos Marcos y Naiara.*

*A mis críticos poco críticos, S. Riveira y D. Rojas.*



## 1

Le tocaba turno de tarde que, en realidad, era su turno favorito si es que pudiera etiquetarse así un turno de trabajo. Lo malo era que tenía que patrullar con el *pan sin sal* de Manuel; personaje corto de luces y, por tanto, de escasa solvencia en lo referente al sentido del humor, que era lo que amenizaba el transcurso de las horas haciéndolas pasar más deprisa.

Entró en los vestuarios y recorrió la larga fila de taquillas que conducía hasta la suya, repartiendo collejas y risas, tanto con los compañeros del turno saliente, como con los del entrante.

Como cada cambio de turno, se repetía entre los presentes una de las dos o tres recurrentes conversaciones. Estas versaban, por este orden de incidencia: asuntos laborales en general, mujeres o fútbol. Podía suceder que se filtrase alguna otra, pero ese hecho era estadísticamente residual.

—Esta mañana se ha montado la de Dios en la hamburguesería de la avenida Gonzalo de Berceo. —Dijo uno de los agentes que acababan turno.

—¿Qué ha pasado?

—Un imbécil. Por lo que parece, le habían despedido de la hamburguesería dónde trabajaba, por meter la mano en la caja. Y se ha presentado con un cuchillo diciendo que quería rajar al jefe. Por lo visto y por suerte para ambos, el jefe no estaba, pero el idiota ha decidido bloquear la puerta impidiendo que nadie saliese del local.

—¿Había mucha gente?

—Sí; se celebraba un cumpleaños de estos conjuntos entre varios niños de una misma clase. Además, también estaban sus respectivas madres. Alguna de ellas, ha sufrido un ataque de ansiedad y el imbécil se ha puesto nervioso.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó César.

—Nada. Orko no nos ha dejado opción; parece que el pavo se ha quedado un poco descolocado en cuanto nos ha visto llegar, no tenía antecedentes y estaba un poco superado por la situación. Un pobre diablo.

Otro compañero que había sido testigo presencial de los hechos, tomó la palabra.

—El cabrón de Orko se ha acercado con la mejor de sus sonrisas contando que no pasa nada y que vamos a hablar y tal y cual; y a la primera de cambio le ha calzado un ostión con la verga que lo ha dejado seco. Se lo han llevado a urgencias.

—Sí, la estrategia habitual de negociación de Orko. Por cierto, ¿Dónde está?

—Creo que le remordía la conciencia de lo fuerte que le ha atizado y se ha marchado preocupado al hospital a preguntar si sigue vivo.

Sonaron unas risotadas de complicidad corporativa.

La historia no era frecuente en una ciudad de tamaño más bien pequeño, pero, de vez en cuando se producía algún tipo de situación que, como ésta, salía de lo habitual.

Quien narraba la historia era Paco, un tío cachondo donde los haya con el que César estaba encantado de trabajar; ambos tenían un sentido del humor muy compatible y disfrutaban de una gran complicidad.

Tenían distintas formas de trabajar; Paco era tranquilo y trataba de evitar los problemas, aunque eso implicase en muchas ocasiones, tener que mirar para otro lado. Estaba casado y posiblemente ese era un factor que había amansado su carácter.

César era todo lo contrario, ni sabía ni quería torear, afrontaba todas las situaciones que se le pudiesen presentar de cara y, en muchas ocasiones, actuaba con un exceso

de celo que rayaba el abuso de poder. En presencia de Paco se contenía mucho más que si su acompañante era otro cualquiera; sabía que le molestaba y no quería enturbiar de ningún modo la amistad que les unía.

En cuanto al abuso de autoridad, César se parecía a Orko, típico *morlaco hipermusculado*, con más presencia que capacidad mental, al que le encantaba ensanchar la fama de bestia que le precedía a la mínima ocasión que se le presentase. Algunas veces, su sola presencia bastaba para dar por zanjado de manera inmediata cualquier tipo de litigio. La intimidación que provocaba entre los intervinientes era suficiente para ello.

Comenzaron el turno, hacía mucho frío en esa época del año y apenas había nadie por las calles, la radio era la única distracción dentro del coche patrulla, además de banales conversaciones cuya temática poco importaba a ninguno de los dos.

Cuando todos estos anodinos intentos de fraguar una conversación se agotaron, se impuso el silencio, ese silencio que rompía el ruido de fondo de algún aburrido programa de cualquier emisora. Afortunadamente, ese silencio no era incómodo.

A base de pasar mucho tiempo juntos en tan reducido espacio, habían superado esa fase en la que parece que haya que decir algo para evitar que la situación sea embarazosa.

Como venía siendo habitual, cuando trabajaban en horario nocturno, no tardaron mucho en dirigir el vehículo hacia un polígono de la periferia para estacionarlo detrás de un almacén, alejado de las miradas de reprobación de hipotéticos contribuyentes críticos con la forma en que se dilapidaban sus impuestos. Habían aparecido en los últimos

meses, varias cartas de ciudadanos indignados por este tema en el periódico local.

César pensó que también tenía su parte positiva el hecho de tener que trabajar con Manuel, podía centrarse en sus propias reflexiones, que era una actividad que no acostumbraba a realizar. Con él, no se sentía obligado a improvisar chistes de forma continua con los que mantener su bien ganado prestigio como humorista dentro del cuerpo de policía.

Su naturaleza guasona, le impidió evitar un pequeño amago de hacer partícipe al *sinsustancia* de Manuel de la dinámica de bromas y chistes, pero no le costó llegar a la conclusión de que dedicar energías a este fin era como echar margaritas a los cerdos. En muchas de las ocasiones tenía que acabar explicando el doble sentido del chiste, lo que le resultaba muy frustrante.

No estaba dispuesto a rebajar tanto el nivel.

El compañero cerró los ojos, César le miró, no podía entender cómo había sido posible que un ser tan limitado hubiese pasado las pruebas de acceso al cuerpo de policía municipal y mucho menos, cuando fuera quedaron otros aspirantes que daban el perfil para convertirse en unos excelentes policías. Pensó que, seguramente tendría un padrino que le había echado una mano al respecto.

No quería quedarse dormido, aunque estaba claro que, si nada cambiaba, iba a ser una consecuencia irremediable del sopor y la apatía que les rodeaba.

En ese momento les sobresaltó una llamada de la central que les ordenaba acudir a un control de alcoholemia y drogas en un cruce de calles céntrico.

César se desperezó lentamente estirando los brazos.

—En fin, Manuel, a la mierda la siesta, estos gilipollas siempre parece que tengan que esperar a que esté bien a

gusto y a punto de dormir para llamar a tocar los huevos.  
—Pues sí, joder, con las pocas ganas que traigo hoy.

## 2

No es que le hiciese ilusión alguna salir con el taxi, pero incluso eso tenía alguna connotación positiva, salía de casa, de un continuo ir y venir de reproches. De una relación de pareja que hacía aguas desde hacía mucho tiempo atrás, y sólo se mantenía unida por el pegamento que constituían sus hijos.

Ya habían surgido varios amagos de divorcio que nunca habían sido consumados por el vértigo que les producía a ambos el hecho de pensar en el día después. Ninguno de los dos esperaba ya nada, salvo hacer la convivencia lo más llevadera posible.

Nada era igual desde que se tuvo que desprender de su licencia, esa misma que su padre le había legado al jubilarse. No era sólo un permiso que le servía para ganarse la vida, era algo que le convertía, de alguna manera, en dueño de su propio destino y con derecho a su pequeña parcela donde tomar sus propias decisiones laborales en su día a día.

No sólo había perdido un simple permiso, había perdido lo máspreciado que pudo darle su padre y, además, una buena parte de su ahora frágil autoestima.

Una serie de circunstancias económicas adversas, le obligaron a elegir entre desprenderse de la licencia de taxi o dejar de pagar la hipoteca del piso que compartía con su mujer y sus dos hijos. No pudo escoger; por muy alta que fuese la ponderación hacia su licencia, tanto en el aspecto profesional como en el personal, no era una opción si se confrontaba con la posibilidad de que su familia fuese desahuciada.

A pesar de todo, podía considerar que tuvo suerte. Su padre había sido una gran persona y mejor profesional, durante sus años de ejercicio, todos los compañeros del gremio le habían tenido en gran estima y consideración, hasta

el punto de que uno de ellos, que operaba con varios taxis, le ofreció la opción de llevar uno como empleado.

—Todos hemos sentido mucho la muerte de tu padre, Javier, sé que estás tratando de vender la licencia y quiero que sepas que yo estoy dispuesto a pagar por ella un precio justo. Además, te ofrezco el puesto de trabajo que tengo que cubrir si me vendes tu permiso.

—Muchas gracias, Antonio, sé que lo haces de corazón y te lo agradezco.

Tras pulir los detalles tuvo lugar la transacción en unas condiciones que, tal como había dicho Antonio, fueron objetivamente, más que aceptables. Javier fue consciente de ello, supo en todo momento que el acuerdo alcanzado era justo y que nada podía esgrimir como queja, menos aún si tenía en cuenta la oferta de trabajo que tampoco estaba en condiciones de rechazar.

Aun así, en su fuero interno, Javier no podía dejar de ver a Antonio como un auténtico buitres que llevaba tiempo sobrevolando la licencia y que no había dudado en abalanzarse sobre el cadáver en el mismo instante que barruntó que la presa no se podía defender.

En esencia el trabajo era el mismo; no los turnos, que ya no podía elegir; ni el salario que, lógicamente iba en parte para el patrón. La mayor diferencia era que sentía que lo que más había cambiado era la pérdida de motivación.

Y es que ya no sentía lo mismo cada vez que se subía en el vehículo; notaba que le embargaba una insoportable sensación de amargura, de pérdida. Se veía a sí mismo como una triste caricatura de lo que había sido y le repugnaba cada vez que, haciendo un ejercicio de objetividad, se veía obligado a valorar su situación como afortunada si la

comparaba en cómo podría haber sido en caso de no haber tenido la opción de seguir trabajando.

La tarde era nubosa, de esas que amenazan lluvia, pero no terminan de producir precipitaciones dignas de ser así llamadas.

No había tenido excesivo trabajo, sólo los habituales desplazamientos cortos que tenían lugar por el interior de la ciudad.

Pensó que, si lloviese con cierta alegría, muchos clientes optarían por requerir sus servicios y podría trabajar. Rápidamente fue consciente de que ese pensamiento era propio de otro tiempo y de otra situación.

No entendía cómo su cerebro funcionaba como el de alguien que trabaja para sí mismo y desea por tanto un mayor volumen de negocio, cuando ahora era un triste empleado que cobraría prácticamente lo mismo hiciese una carrera más o una menos.

Deseó desterrar definitivamente esa forma de pensar que ya no se correspondía con la realidad y que cada vez que se presentaba le volvía a sumir en el fango de sus miserias.

Su moral se había resentido y lo había convertido en un ser que evitaba cualquier tipo de sociabilidad, hasta el punto de celebrar lo inapacible de la meteorología que le proporcionaba el pretexto perfecto para no tener que salir a charlar con sus compañeros en la parada.

Añoraba aquellos tiempos no tan lejanos, en los que deseaba que llegasen esos momentos de compadreo en los que le encantaba salir a charlar y a hacer bromas con los colegas del gremio. Se había terminado por convertir en una especie de bicho raro.

No estaba contento con su vida y se veía muy lejos de ese estado de felicidad que todo ser humano anhela.

La espera se terminaba, el compañero que ocupaba el puesto inmediatamente anterior en la parrilla de salida, ya

había iniciado su camino para atender la llamada de algún cliente; la próxima sería para él.

Unos minutos más tarde rompía el silencio una voz femenina; era Rosa de la centralita.

—Cliente en la calle Osca a la altura del número 31.

—Voy para allá, gracias Rosa.

Comenzaron a caer unas gotas con algo más de importancia que lo que había caído hasta el momento, lo que produjo en Javier un pequeño brote de mal humor; había limpiado el coche esa misma mañana.

Se daba cuenta de que cada vez limpiaba el coche con menor frecuencia, notaba que cada vez era más dejado con respecto a los detalles. Si esa mañana lo había hecho, era fruto de un sutil comentario bienintencionado de un compañero que le había hecho ver que no llevaba el vehículo en condiciones.

La verdad es que decir que “no llevaba el taxi en condiciones” era bastante benevolente; jamás hubiese llevado “su” taxi tan extremadamente sucio ni por dentro ni por fuera. No había duda de que, de haberse percatado Antonio, le hubiese soltado una buena reprimenda.

No quedaba lejos de allí el lugar de recogida del cliente. La calle en cuestión era larga y estaba plagada de coches estacionados en doble fila hasta el punto de estar tan saturada en algunos tramos que no les quedaba otra opción, a muchos conductores, que dejar sus utilitarios en triple fila.

Era la hora de salida de un colegio allí situado, y los causantes del pequeño caos eran los padres de los alumnos del centro educativo que acudían a buscar a sus retoños.

Todo ello se producía ante la pasividad de dos policías locales que observaban cómo se sucedía el mismo caos